

Memorias de ida y vuelta: la guerra y los exilios de Concha Méndez y Ernestina de Champourcín

María Luz Bort Caballero
UNIVERSIDAD DE HUELVA

0. Introducción

A primeros de abril de 1939 terminaba la Guerra Civil. Las tropas de Franco derrocaron la II República española y gran parte de la población con ideales republicanos fue perseguida, ejecutada, silenciada, sometida a la represión u obligada a un largo exilio. La dictadura que sucedió impuso el silencio y la censura y una *España peregrina* se esparcía en el exterior. Las atrocidades de esta guerra y aquellas huidas forzadas aún permanecen en memorias privadas y en algunas prácticas literarias y culturales del presente. A pesar de numerosas investigaciones sobre la guerra y estudios del exilio, quedan cuestiones sin conocer: los espacios del recuerdo y las experiencias propias del desplazamiento forzado en femenino, una parte imprescindible que se necesita para completar una historia que aún sigue fragmentada e incompleta.

Valorar el lugar de pertenencia de la memoria y el legado del exilio ha resultado complicado ya que, como María Zambrano menciona en *Los bienaventurados*, pareciera que el exiliado deambula a la intemperie. Estos no terminaban de encajar con el marco histórico nacional de los países de acogida y, no ha sido hasta hace cuarenta años, que esas experiencias, recuerdos, diarios y memorias se han ido recuperando, reivindicando y emplazándose en el contexto republicano español. Estas contrastan con aquella historia oficial, única y franquista que impuso el sistema totalitario del régimen del caudillo. Además, el posterior “Pacto del olvido” consensuado políticamente después de la muerte del dictador y la transición a la democracia (1975-1977), no ayudó tampoco y promovió aparcarse el pasado y centrarse en el futuro. No obstante, las experiencias traumáticas de la guerra y la huida forzada resurgen, ya que no han sido olvidadas por las memorias individuales. La necesidad de recuperarlas junto a los testimonios individuales y, por ende, conformar también una memoria colectiva, crea otra verdad histórica tan necesaria y más real que la manipulada, elegida e impuesta. La rememoración del pasado, la geografía del recuerdo y el deber de memoria se han convertido en herramientas de lucha contra el olvido. Según Josefina Cuesta señala en *La odisea de la memoria*, se produce una reelaboración de la historiografía y del recuerdo social de la República, la Guerra Civil y la Dictadura a partir de los años 1980. Sin em-

bargo, esa reconstrucción es lenta y extensa y aún hay preguntas por resolver, memorias por estudiar y silencios que reclaman voces.

El retrato de la historiografía y el estudio cultural y literario del siglo XX español está incompleto. Este se ha compuesto por el estudio casi exclusivo de experiencias y legados escritos de hombres intelectuales, como así lo demuestran los manuales de la época. Las experiencias femeninas de las mismas circunstancias sociales e históricas y la producción cultural y literaria femenina han sido apartadas y silenciadas. Y si antes se ha mencionado la difícil recuperación y emplazamiento de la memoria del destierro, las experiencias y las manifestaciones intelectuales femeninas han estado relegadas aún más en las lindes y no solo golpeadas por la destemplanza del exilio y el pacto del olvido, sino también por lo masculino. De esta manera, este trabajo engloba un marco triplemente perimétrico: mujer, escritora y exiliada.

Desde hace alguna década, la tendencia por la recuperación de la vida y obra de las intelectuales exiliadas se ha venido reivindicando con fuerza. Sin embargo, aún predomina la carencia de los estudios críticos sobre sus testimonios, experiencias, pensamientos y temas que determinaron sus obras y vidas en –y de– el exilio¹. Por tanto, este estudio se suma a la necesidad del conocimiento del pasado, se centra en el análisis de las experiencias y memorias de dos autoras e intelectuales que también fueron testigos de la Guerra Civil, del exilio y del retorno, de ida y vuelta: Concha Méndez y Ernestina de Champourcín. Se usarán como material de análisis las *Memorias habladas, memorias armadas* de Concha Méndez, recopiladas por su nieta Paloma Ulacia, los apuntes del diario y fragmentos de la autobiografía de Ernestina de Champourcín² y los testimonios orales de ambas escritoras recogidos en el Proyecto Oral de Refugiados en México³.

Las experiencias de la huida forzada para estas escritoras fueron diferentes a las de los intelectuales, sin embargo, el estudio de la percepción de sus realidades, memorias del viaje y estancias del destierro y retorno son igualmente necesarias y válidas para recomponer la historiografía de un pasado. Se pretende, por tanto, dar una mayor visibilidad a la presencia de mujeres como creadoras de un discurso de experiencias, indagar en los testimonios y memorias en femenino de una serie de sucesos y circunstancias que determinaron la historia de España y, asimismo, saldar una deuda que lleva pendiente más de ochenta años.

1. Semblanzas de autoras y similitudes

Aunque la experiencia individual de la huida y retorno es única para cada exiliada, la elección del estudio de estas escritoras se debe a que comparten una serie de casuísticas vitales y temporales: ambas fueron poetisas, coincidieron en las instituciones feministas de la España republicana, como el Lyceum Club, y colaboraron con la Residencia de Señoritas; las dos salieron de España en 1939, residieron en México y se casaron con escritores pertenecientes al grupo del 27. Concha Méndez viajó puntualmente a España, pero permaneció viviendo en México hasta el final de su vida, Ernestina de Champourcín viajó también, pero regresa a España definitivamente en 1973. Por tanto, las dos me permiten hacer un recorrido por las experiencias del exilio y retorno, de ida y vuelta.

Asimismo, se señala que ambas escritoras pertenecen a la clase social aristocrática y sus memorias distan de otros testimonios desplazados, como la mujer rural o la mujer obrera. La vía de salida para

1 Es conveniente destacar la publicación reciente de un volumen que recopila trabajos sobre esta temática: *Mujeres en el exilio republicano de 1939*, (2021) publicado por el Ministerio de la Presidencia, Relaciones con la Cortes y Memoria Democrática a partir del primer congreso internacional sobre la perspectiva de género del exilio republicano de 1939 con motivo del 80 aniversario del exilio republicano español en 2019. Una obra que se presenta como pionera e innovadora en la recogida de testimonios y en estudios tanto de mujeres de a pie como de escritoras, artistas e intelectuales.

2 Para la información sobre los apuntes del diario y fragmentos de autobiografía de Ernestina de Champourcín, se ha tomado como referencia la publicación de estos fragmentos en el trabajo de Antón Ramírez (2008).

3 Ambos testimonios orales recogidos en el Proyecto Oral de Refugiados en México fueron consultados en 2017. Los dos están catalogados en el Archivo de la Palabra, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México. La entrevista de Ernestina está realizada por Elena Aub y Enriqueta Tuñón en 1979 y 1981. La entrevista de Concha Méndez está realizada por Matilde Mantecón en 1978. Las copias consultadas se encuentran en el Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca. Número de clasificación en bibliografía.

las dos no fue atravesar la frontera a pie, como muchas mujeres tuvieron que hacer para llegar a Francia, y tampoco pasaron por un campo de concentración. Con la ayuda de otros intelectuales o por la vía diplomática pudieron embarcar hacia las Américas. Por otro lado, la salida se debía a la experiencia traumática de la guerra, la victoria del bando nacional y la posición ideológica y política propia, pero, sobre todo, sus maridos fueron determinantes para decidir la salida del país. Ambas tuvieron alternativas de protección, bien por la posibilidad de viajar o por cierta protección diplomática republicana que les permitía cambiar de ciudad a medida que la contienda avanzaba. No obstante, la guerra y el desplazamiento van a determinar sus obras y memorias.

Antes de pasar al análisis de las memorias y testimonios, se considera oportuno dar algunas pinceladas sobre sus trayectorias vitales para encuadrarlas en el contexto. De Madrid, nacida en una familia acomodada, con una educación en casa y con énfasis en el aprendizaje del francés, la joven Concha Méndez destacaba por su afición a la lectura y por ser campeona de natación. Desde joven, retaba los modelos impuestos de la mujer burguesa tradicional, sobre todo, a nivel social y familiar. Publicó sus primeros versos en 1926 y, poco después, se inicia en el teatro infantil. Debido a desacuerdos familiares y sus ansias de libertad, se emancipó de casa y se fue a Londres, Montevideo y Buenos Aires. Allí se relacionó con la élite intelectual del momento y publicó en revistas. En 1931, regresó al ambiente madrileño de la II República, frecuentó encuentros intelectuales y participó en las actividades culturales y literarias de la Residencia de Señoritas y del *Lyceum Club*. Ese mismo año, coincidió con el impresor y escritor Manuel Altolaguirre en las tertulias del café La Granja El Henar y, un año más tarde, se casaron. Concha Méndez publicó algunas de sus obras en la imprenta madrileña de su marido, en la que también se empleó. La escritora estuvo en contacto con la Generación del 27, pues era coetánea de esta. El matrimonio se fue un par de años a Londres a continuar sus labores de impresión y volvieron a España en 1935. Al poco tiempo, estalló la Guerra Civil.

Ernestina de Champourcín nació en Vitoria, de familia acomodada, monárquica y tradicional católica, aunque su padre era de raíces francesas y su madre, uruguaya. Creció en Madrid. Fue al colegio, pero también recibía profesores en casa, manejaba el inglés y el francés, por lo que, desde joven, traducía⁴. Se matriculó en la universidad, pero al tener que enfrentarse al ambiente de superioridad masculina, decidió no ir. No obstante, participó de la vida cultural de Madrid como una de las fundadoras del *Lyceum*, donde coincidió con Concha Méndez. Publicó tres poemarios durante su juventud; el primero, en 1926. Al participar en la vida cultural y social, también fue contemporánea de la Generación del 27. En uno de los eventos culturales, conoció a su marido: Juan José Domenchina, escritor, crítico literario y secretario de Azaña. Al estallar la Guerra Civil, se casaron.

Las dos escritoras en su juventud encarnaron el nuevo modelo de mujer moderna: involucradas en la apertura, la educación de la mujer y la actividad cultural de su tiempo, participaban tanto en deportes como en las misiones pedagógicas, preparaban eventos sociales, recitales de poesía y reuniones para fomentar el conocimiento en las mujeres. Vivieron los cambios de la Constitución de 1931 y ambas conformaron, junto a otras intelectuales, la paradoja de ser la “Generación Dorada” de la literatura en femenino de la “Edad de Plata”. No obstante, el encubrimiento por sus propios compañeros, la presión social en sus entornos familiares y en los ámbitos creativos, la falta de espacio, la interdependencia que se crea en sus matrimonios (ser conocidas como “la mujer de”) e incluso compartir un círculo intelectual que aún arrastraba la visión tradicional de dar más importancia a la labor masculina, no les ayudó⁵. A esto se añadieron los factores sociopolíticos que lo cambiaron todo, por ejemplo, el progreso que avanzaba con la República y que se vio paralizado por la Guerra Civil, el exilio y la dictadura.

⁴ La traducción era muy común en las intelectuales de la época; al saber un par de idiomas, sobre todo, el francés, era una posible actividad a la que se podían dedicar. Ambas escritoras tradujeron, aunque Champourcín tiene un mayor número de traducciones.

⁵ Recuérdese que, además de romper barreras sociales y tener que soportar presiones familiares tradicionales patriarcales, sus propios compañeros no las valoraban como merecían a pesar de participar en tertulias y eventos comunes. Sirva de ejemplo la antología de poetas que realiza Gerardo Diego en 1932, que no incluye a ninguna de sus compañeras, y en la reedición de 1934 (*Poesía española. Antología (Contemporáneos)*) incluye solo a Josefina de la Torre y a Ernestina de Champourcín, seleccionadas de un elenco amplio y variado que conformaba la élite intelectual y cultural femenina más importante en la historia del país.

2. Apunte de análisis de diferentes géneros.

La variedad de géneros que envuelven este estudio sobre las memorias individuales y testimonios de la guerra, exilio y retorno, hace necesario puntualizar sobre la tipología de cada documentación trabajada, ya que los procesos de narración, estructura y selección de contenido varían en cada uno.

María Elena Antón señala que las anotaciones de los cuadernos personales de Ernestina de Champourcín⁶ los realizó desde 1972 a 1999 en España y los diferencia entre fragmentos “autobiográficos” y apuntes de “diario”. Estos mantienen un carácter disperso, pero incluyen fechas (Antón, 2008: 239-240). En este trabajo, se tomará como referencia esta recopilación. Para Antón, las notas “autobiográficas” parecen estar redactadas de manera contemporánea a la fecha y las anotaciones del “diario” acaparan los hechos que están relacionados con el recuerdo (Antón, 2008: 240-241). Los fragmentos del “diario” son reflexiones, pensamientos, vivencias, recuerdos, deseos y sentimientos en un momento determinado. Antón insiste en que la identidad y la permanencia son las claves interpretativas de las notas autobiográficas de Champourcín, donde tienen especial protagonismo la etapa de la infancia, ya que, hacia la vejez, la autora siente la pérdida de identidad (Antón, 2008: 242). Sin embargo, las características de los textos no necesariamente encajan con la autobiografía, e incluso se clasifican como “fragmentos de memorias”.

Ante esta disyuntiva, se añaden algunas características que se deben distinguir entre las “autobiografías” y las “memorias”. Hay muchos estudios que analizan las diferencias, pero los límites entre un subgénero y otro son confusos. Philippe Lejeune establece que la autobiografía es un «relato retrospectivo en prosa que una persona real hace de su propia existencia, poniendo énfasis en su vida individual y, en particular, en la historia de su personalidad» (1994: 125). Sin embargo, Karl J. Weintraub (1991) distingue las memorias de la autobiografía y establece que los temas y realidades experimentadas en una autobiografía presentan una forma concreta y subjetiva, mientras que las memorias resaltan la importancia de los acontecimientos externos en la vivencia del sujeto. Atendiendo a esto, la autobiografía encajaría más con la narración consciente de contar la propia vida, implicaría un compromiso y una reconstrucción fiel en la trayectoria del tiempo.

Para el análisis de la memoria de Champourcín, las anotaciones del “diario” se consideran como reflexiones internas e incluso como construcciones de la experiencia presente y anecdótica a partir de la dislocación que siente en su propio país. Los “fragmentos de memorias” son reconstrucciones segmentadas de la experiencia pasada desde la infancia, resaltan hechos que recomponen su identidad de escritora y la importancia de sus vivencias a partir de acontecimientos históricos, sociales y culturales como la Guerra, las tertulias, el contacto con otros escritores y su experiencia del viaje del exilio. No obstante, no se detecta que las anotaciones sean autobiográficas ni que exista un compromiso de veracidad implícito; se ajustan mejor a la categoría de memorias, ya que son recuerdos seleccionados de impresiones y experiencias.

En relación con lo expuesto anteriormente, Concha Méndez se centra en la importancia de sus acontecimientos vitales dentro de un contexto determinado. Al final de la entrevista del Proyecto oral de Refugiados en México, dice: «Yo voy a ver si hago mis memorias [...] tengo que prepararme mentalmente [...] puede resultar una cosa de época porque es que lo que yo he vivido, es fantástico...» (1978: 71). Cinco años más tarde, en la narración de sus *Memorias*, en 1983, al comienzo del segundo capítulo Concha Méndez afirma:

Cada vez que pienso en una autobiografía tengo una sensación muy rara. Mejor no pienso en eso, sino en contar anécdotas porque cada vez que me pongo seria, siento que me está saliendo bigote [...] Pienso solo en contar anécdotas y no en buscar una interpretación de mi vida. La autobiografía la dejo para las personas mayores (2018: 32).

⁶ Además de los poemarios y obras antes mencionadas, Champourcín también publica un libro de memorias titulado *La ardilla y la rosa* (1981), que recoge sus recuerdos y experiencias con Juan Ramón Jiménez y Zenobia Camprubí.

Méndez se decanta por la narración de sus memorias: de las anécdotas de su vida, y rechaza el relato autobiográfico que la hace ponerse seria y acatar veracidad. Lo autobiográfico supondría la reflexión sobre su propia condición: hablar de sí y construir potestad sobre lo narrado. Además, la autora relaciona la autobiografía con el compromiso de narración desde la autoridad del yo, como si fuera algo varonil, ostentoso y viejo. La exposición de acontecimientos no le exigen rigidez, ni que *le salga bigote* (símbolo masculino de dominio y poder). Asimismo, enfatiza su rechazo de aceptar su vejez –rasgo que ambas autoras comparten en sus memorias–. La autora prefiere hacer una narración de los acontecimientos de su pasado que han ido forjando su identidad como escritora, sus vivencias de una juventud sin igual en su contexto social y su exilio.

Paloma Ulacia recompone y edita las *Memorias* de Méndez, comenta que la compilación de estas era una manera de dejar constancia de lo que nadie le había preguntado. Ulacia comenta que a su casa iba gente «a visitarla, de México y de otros países, para preguntarle sobre sus contemporáneos», pero no sobre ella (2018: 16). En este mismo prólogo, Ulacia afirma que, cuando terminó la recogida de las memorias, se las leyó a su abuela, que «con cierto aire melancólico, comentó: ¿Tú crees que yo soy así?» (2018: 21). Lo que muestra que las memorias desvelan unos hechos (re)construidos. A través de sus vivencias, se construye su autorretrato para darse a conocer “a su manera”. Justifica el significado de su vida y deja de ser portavoz de otros, resalta su vocación de escritora y reclama su lugar en la historia y cultura de España.

Hay diferencias entre las memorias recogidas de ambas autoras: las de Champourcín son escritas por ella misma y muestran el mecanismo fragmentario de la escritura del recuerdo. Las memorias de Méndez son “armadas”, recogidas a través de conversaciones grabadas entre la autora y su nieta. En esta última, hay partes que han sido suprimidas y, por tanto, pierden algo de espontaneidad. No obstante, las dos autoras coinciden en recoger “memorias” para desligarse del compromiso veraz y absoluto de “contar su vida”.

El otro texto de análisis recoge el testimonio oral de ambas escritoras, a partir de una entrevista con preguntas que guían el discurso; destaca la importancia de la experiencia individual en contraste con la historia “oficial”. Estas fuentes se consideran un registro para poder entender la experiencia y muestran cómo la entrevistada desea dejar su imagen. Derrida, en el inicio de *Poétique et politique de un témoignage* (2005), vincula el testimonio al testamento y al testigo como manera de sobrevivir a la muerte, como legado que queda presente, como la transmisión de lo “intransmisible” de la experiencia vivida.

Merece recordar a Halbwachs (2002) y la idea de que la memoria es una lucha constante con el olvido. El mismo mecanismo de la memoria tiene que ver con la configuración constante de la identidad: rememorar la existencia del individuo y la relación de este con el tiempo. No obstante, el recuerdo también es selectivo, episódico y emocional y, ante un hecho doloroso o trágico, se realiza un proceso complejo de selección de acontecimientos y se determina la manera de narrarlos. Recordar es también resignificar.

3. Experiencias y memorias de la guerra

Concha Méndez recuerda la guerra como «cosas de infamia» (2018: 103); describe escenas de dolor y destaca la ayuda de otros intelectuales. En el relato de la memoria en la entrevista del Proyecto de la Historia Oral de Refugiados, se detecta cierto titubeo o contradicción ante su nivel de implicación en la ideología o participación en la guerra. Hay que tener en cuenta su posible inseguridad sobre la participación en un Proyecto de Refugiados después de tres años de la muerte del dictador, puesto que, aunque lo hace desde el exilio en México, ella pertenece a una de esas generaciones traumatizadas por los detonantes de la guerra, las barbaridades cometidas, la pérdida de familiares, de compañeros y el desenlace de la dictadura. Asimismo, hay diferencia temporal en los años de realización y publicación del testimonio oral y las memorias. El primero fue recogido en 1978 y las *Memorias habladas, memorias armadas* se compilaron en 1983, cerca del final de su vida y en un ambiente familiar y cercano.

En el testimonio oral, Méndez recuerda el ambiente al volver de su estancia en Inglaterra en 1935: «Encontramos [...] una España muy rara, en donde las derechas asesinaban a los pobres chicos, que o les pegaban o les hacían algo a los que vendían periódico de izquierda» (1978: 9). Seguidamente, Mantecón le pregunta por su opinión de los problemas de la República; Méndez responde: «Maravilla, pero con el tiempo un romanticismo demasiado exagerado y pues todo salía bien, todo era tan bueno y todo eso y que luego, con esta idea, cuando vino lo que vino, pues nos quedamos, yo estaba horrorizada, la verdad» (1978: 10). Méndez no muestra su opinión abiertamente. Divaga con las expresiones: «todo eso», «esta idea», y no concluye la frase ante la imposibilidad de definir o articular lo que aquello supuso, pero sí muestra un resentimiento y decepción sobre lo que pasó. Usa palabras como «romántica» para definir a la República, «con una idea tan graciosa del porvenir» (1978: 8), que intentan dar liviandad a lo que contrasta después con el desenlace y el silencio. Así, crea un significado indefinido pero cargado de peso, con disgusto de «lo que vino»: guerra, exilio y dictadura. En la misma entrevista del archivo con Mantecón, Méndez duda sobre su participación o contribución en el frente, de lo que habla en sus *Memorias*, recogidas años después: «Pues, no tuve... Manolo fue el que se fue al frente [...] Entonces se hizo [...] una revista, este..., donde yo colaboré con seguidillas, bastante – fuertes ¿verdad? metiéndome con la, con la gente que había que meterse» (1978: 14). Sin embargo, en las *Memorias*, cuando recuerda su estadía en Barcelona, relata su contribución como escritora de canciones en el frente de Aragón y de artículos sobre la guerra para la prensa internacional:

Yo escribí un grupo de canciones en seguidillas, [...] firmaba con seudónimo, porque aquellas letras eran tan tremendas que, de haber revelado mi nombre, hubiese puesto en peligro mi vida. [...] El Ministerio de Barcelona me otorgó el cargo de Oficial de Primera del Cuerpo Técnico y Administrativo de la Sección de América (2018: 103).

El testimonio oral refleja el impreciso mecanismo de recordar, a veces incompleto, autocensurado y fragmentado. En las *Memorias*, al ser compiladas, facilita el orden de las estancias de Méndez durante la guerra y las impresiones de esta. En el testimonio oral, se perciben ciertas repeticiones e imprecisiones propias del mecanismo del recuerdo. En las *Memorias*, existe continuidad, es un relato organizado sin digresiones. En sus *Memorias* sobre la guerra, Méndez comienza con tono triste:

Se apagaron las risas y los festejos, porque la situación de Madrid empezó a ponerse alarmante por la guerra. (*Memorias*, 102)

Los españoles peleaban entre hermanos y todos perdimos, en ambos lados se cometieron horrores e injusticias. [...] en los famosos “paseos” tanto de izquierdas como los de derechas, sacaban a sus opositores [...] y los fusilaban (2018: 103).

Antes de su salida de Madrid, describe:

Habíamos citado a unas personas en el Café de la Granja del Henar y mientras los estábamos esperando, cayó una bomba en Cibeles. Aquel estruendo creó tal terror [...] que el café se vació y todos salimos corriendo para subirnos a los tranvías [...] Ese mismo día se empezó a escuchar [...] una voz que decía: ¡Abajo la inteligencia! ¡Viva la muerte! (2018: 104).

La primera salida de Madrid de Méndez y su hija rumbo a Barcelona la organizó Pablo Neruda para que también fuera con su mujer y su hija. En Valencia, Méndez decide salir de España con su hija y comenta: «Gracias a la República, yo tenía un pasaporte personal (y no familiar como se acostumbraba antes) sin el cual no hubiese podido dejar España sin Manolo» (2018: 105). Consigue dos billetes para viajar en un barco hospital hasta Marsella ofreciendo servicios de traductora. Luego, se va hasta

París. Quiso viajar hasta Londres, pero «ni la Embajada ni la Casa de España quisieron ayudarme; entonces tuve que armar un enredo en el Consulado para que me dieran la visa» (2018: 105). Consiguió dinero, entró en Inglaterra y se hospedó en la casa de Stanley Richardson. Vuelve a París y a Bruselas y decide también volver a Barcelona, donde el gobierno les ayuda para conseguir alimentos. Van al frente a ver a Manolo en un autobús: «Fue una cosa tremenda, no solo pasaba un solo momento sin que se escucharan cañonazos, tiros y todos los ruidos de la guerra» (2018: 107). Cuando los fascistas se acercaron a Barcelona, recuerda lo que le ocurrió a la mujer y a la niña del amigo pintor Gaya al atravesar el campo: la mujer de este muere desangrada por una bomba que le corta las piernas. También recuerda que, en el tren para Figueras, había niñas que lloraban de hambre. Y el tren que cogieron luego para Barcelona fue bombardeado «quedando destrozados los vagones, la gente muerta y los heridos dando gritos» (2018: 109).

Méndez atravesó la frontera con su hija en un coche de diplomáticos belgas: «Íbamos y las bombas caían sobre la gente que iba a pie, caían sobre familias enteras, sobre niños y viejos que intentaban llegar a la frontera» (2018: 109). En su testimonio oral, recuerda esa salida:

Por el camino veíamos, eh... el campo, caían bombas cerquísima del avión, este, del, del avión, del autobús, y se veía a las gentes... Se cayó una bomba entre un grupo de gentes, por el campo, y la gente, unos alaridos y una cosa... Aquella salida fue algo que no quiero ni acordar, porque era de espanto; gentes, por ejemplo, de este, ... gentes por los caminos ¿verdad?, y se morían ahí y se veían familias con niños muriendo al lao. Bueno, era una cosa horrible, horrible, ¿verdad? Dantesco, dantesco (1978: 17,18).

En las *Memorias*, Méndez cuenta que al llegar a Francia se libran de ir prisioneras a un campo de concentración porque hablaba francés y tenía un abrigo de piel; «me hacía parecer una mujer adinerada, por lo que me libré de que nos tomaran presas. No tenía nada, solo el abrigo» (2018: 110). Recibió la noticia de que Altolaguirre estaba en un campo de concentración, tan devastado que incluso tuvo que pasar por un hospital psiquiátrico. Poco antes, el escritor también se enteró que su hermano había sido fusilado.

El horror de la guerra y sus consecuencias las arrastró durante toda su vida. No lo dice en su entrevista ni en sus memorias abiertamente, pero las secuelas de la guerra estarán presentes durante su obra en el exilio. En la narración de sus memorias y de su testimonio oral, a pesar de las diferencias en la forma del relato, se detecta la exposición de hechos sin demasiada opinión crítica, aunque se percibe su privilegiada posición social de intelectual y escritora. Esto no la exime de vivir las atrocidades de la guerra, pero la salva para poder viajar y conseguir salvoconductos. Se muestra como una mujer activa, fuerte, valiente, previsora y práctica, herencia del desarrollo como mujer moderna una década antes del estallido de la guerra.

Ernestina de Champourcín hace una reconstrucción de la memoria de la Guerra y el exilio a partir del retorno. El contacto con su tierra natal la hace comparar la situación actual con el recuerdo de las últimas experiencias de la guerra antes de salir del país. En el testimonio oral del Proyecto de Refugiados en México, entrevista realizada en Madrid en 1979 y 1981, Champourcín cuenta que el estallido de la Guerra Civil el 18 de julio de 1936 sucede cuando está en Madrid, sola, «y enseguida el afán de hacer algo, de ayudar en algo, estuve trabajando en el hospital de Lola Azaña, [...] de enfermera, hasta que las cosas se pusieron muy mal aquí» (1979: 11). Ante la inestabilidad política del momento, decide casarse: «el seis de noviembre de 1936, en que creíamos que Franco iba a entrar en Madrid, ¡qué lástima que no entrara!, nos hubieran ahorrado tres años de guerra ¿no?, y entonces me casé con Juan José Domenchina» (1979: 11). En los “fragmentos de memorias” hay un texto titulado «La guerra» (1983) que describe el ambiente del estallido. En la construcción escrita de sus memorias, la autora se hace preguntas retóricas y reflexiona sobre la guerra desde la distancia, hace un análisis del recuerdo desde el presente, un recuerdo claro, pero relativizado con el paso del tiempo y enfatiza así su visión parcial al haberse exiliado:

Inquietud, nervios, y en ciertos círculos, indignación contra los que no nos oponíamos al Gobierno legítimo, que era naturalmente el de la República. [...] Nos fuimos sintiendo condicionados de un lado o de otro y nos exasperábamos mutuamente. A 56 años de distancia el panorama se aclara y se confunde; [...]. Desgraciadamente nuestra visión –al menos la mía– sigue siendo parcial. [...] Madrid se convirtió rápidamente en un infierno; un hervidero de calumnias, crímenes, de despropósitos (Antón, 2008: 255).

Elena Aub le pregunta por su participación en la guerra y, al igual que Méndez, se contradice: «Bueno, pues no participé mucho. [...] durante la guerra en *Hora de España* publiqué bastantes cosas» (1979: 12). A diferencia de la narración de Concha Méndez, Ernestina de Champourcín parece ser un poco más ordenada en su testimonio, aunque, también fue una entrevista realizada a los pocos años de la muerte del dictador e igualmente se reflejan ciertos titubeos, *flashbacks* y alguna repetición. No obstante, hay que tener en cuenta la edad: en esta entrevista, Champourcín tenía 74 años y Méndez tenía 80.

Champourcín reitera que trabajó también como cocinera en un asilo de 400 o 500 niños que se habían quedado abandonados al salir de las congregaciones religiosas, el cual era supervisado por Zenobia Camprubí. En su testimonio oral, cuenta que se fueron a Valencia: «Allí estaba Juan José de director del Boletín de Información que publicaba el Ministerio de la Propaganda; yo estuve traduciendo para ese boletín» (1979: 14). En uno de los “fragmentos de memoria” titulado «Las sábanas de Motilla» (1977), recuerda la travesía en autobús de Madrid a Valencia⁷. Con tono lírico, describe: «El autobús no iba deprisa, pero todo el mundo tenía miedo. Un miedo gelatinoso, viscoso, que resbalaba sin ruido por los cuerpos y se trasfundía después en ellos formando en la garganta y el estómago bolas difíciles de deglutir» (Antón, 2008: 249).

Posteriormente, se fueron a Barcelona. Champourcín cuenta que no estuvo involucrada en ningún partido político y que Domenchina no se lo consintió, aunque ella hubiera querido afiliarse a la Izquierda Republicana: «Él se hizo de Izquierda Republicana, quise hacerme yo [...] y no quiso de ninguna manera, y nunca consintió que firmara en ningún manifiesto, en ninguna cosa, nada» (1981: 30). No obstante, la ambigüedad de la autora sobre el tema político se ve reflejado cuando se refiere también a su marido e insiste en varias ocasiones que este no tenía vocación política, sino de escritor y sobre todo poeta, pero que se vio involucrado en política por su amistad con Azaña. De la misma manera, comenta su suerte al salir de España en 1939, decisión tomada por su marido, que se quiso marchar con su familia: «Cuando Azaña se marchó de Barcelona y se instaló en Perelada, al lado de Figueras, nosotros estuvimos en Perelada una semana» (1979: 15). Champourcín, al igual que Méndez, enfatiza las relaciones con la élite cultural y política. Atravesaron la frontera en ambulancia, ya que su suegra era una persona muy mayor. Pasaron la noche en Junquera en una casa que tenía Azaña:

Atestada de gente, y nos encontramos una noche verdaderamente trágica porque la gente hizo noche en la carretera. [...] los baúles a orillas de la carretera, en las cunetas. Nosotros fuimos tirando libros para acoger amigos [...] niños que se morían allí, allí en las cunetas, una cosa verdaderamente espantosa (1979: 16).

En los “fragmentos de memoria”, rememora el periplo de salida y reflexiona:

Yo en mi interior sentía el impulso de seguir adelante. ¿A dónde? Volver atrás me parecía imposible, absurdo. Ir hacia delante: sin razonar, algo me decía que eso era lo lógico. Pero ¿había algo de lógica en todo lo que nos estaba pasando? [...] ¿cómo olvidar –aún en España– de Perelada a la Junquera los niños llorando, muriéndose, las madres abriendo los baúles para cambiarles la ropita y ese caballo muerto del que no habían dejado más que los huesos? (Antón, 2008: 260)

Champourcín relata que su marido les salvó de pasar por un campo de concentración porque pudo conseguir pasaporte diplomático para toda la familia «y de ahí fuimos a Toulouse donde los profesores de la universidad estaban preparados para recibir a los intelectuales españoles. Ahí estuvimos

⁷ Motilla puede ser Motilla del Palancar, mientras atravesaban Castilla La Mancha.

alrededor de dos o tres meses hasta que Juan José recibió una invitación de la Casa de España en México para irnos para allá» (1979: 18).

Ambas autoras vivieron las atrocidades de la guerra y sintieron miedo, inseguridad e incertidumbre. Méndez destaca por su capacidad de resolución para proteger a su hija, pero revive imágenes duras y momentos de peligro. Champourcín se detiene en las ventajas de su salida con ayuda del Gobierno de la República; se percibe espontaneidad en su testimonio y contrasta con las memorias escritas, que son mecanismos más conscientes que la oralidad. Se observa cierto intimismo en los fragmentos de memoria de Champourcín, como si rescatara la reflexión del recuerdo desde su pensamiento interior. Las *Memorias* de Méndez parecen un relato contado a un locutor o lector; usa expresiones como «figúrate» y solo al final de sus páginas reflexiona de modo más intimista. En ambos testimonios orales, las dos parecen destacar cierta solidaridad y ayuda entre la élite cultural y política. Fueron testigos de la guerra, pero inciden en las circunstancias vitales y únicas que les rodeaban.

4. Ida sin vuelta: Concha Méndez

Concha Méndez dice que su exilio empezó en París, donde pasaron una temporada en casa de Paul Eluard. Altolaguirre llega hundido al encuentro de estas, después de pasar por el campo de concentración y el hospital psiquiátrico. Es importante señalar que, desde que Méndez conoce al escritor, se supedita a él⁸. Además, este pasa a ser el centro de la narración de gran parte de sus memorias. Ella se sacrifica y se adapta a él, pasando a ser también la que administre su imprenta. Lo mismo ocurre con su destino en el exilio: ella debe ser “la fuerza” que sostenga la carga familiar, la depresión y el desaliento.

Pablo Picasso planea recaudar fondos para ayudarles a viajar a México en barco: «A la niña y a mí nos dieron un camarote de tercera; a Manolo, una silla de jardín en la bodega, junto a los negros que iban a Haití» (Méndez, 2018: 112). En el viaje, su hija Paloma se puso enferma y desembarcaron en La Habana. Méndez destaca la ayuda que recibió: «Toda la gente se enteraba de la vida de los otros y en seguida nos abrieron las puertas» (2018: 113). Entre la ayuda de la gente y las conferencias de poesía española de Manolo, se compraron la máquina de impresión. Comienzan la publicación de *El ciervo herido* y ella «salía a vender esos libros por las calles y costaban un peso cubano, por cinco centavos se podía comprar cinco piñas y por veinte te daban veinte huevos» (2018: 113). Méndez pasa a ser el soporte económico de la familia: «Yo pasaba el tiempo encuadernando libros y yendo al puerto a recoger refugiados españoles que llegaban con regularidad de Francia» (2018: 114). Enfatiza así su labor de ayuda social.

«A los pocos días de llegar no podía dormir pensando en la guerra» (2018: 113). El estado nostálgico de la distancia se agrava cuando surgen complicaciones a nivel familiar: «Yo había enfermado de los nervios porque mi hermano Pascual estaba en un campo de concentración sin poder salir» (2018: 115). Además, la pérdida de los familiares en la distancia era bastante dura; la imposibilidad de despedirse de los seres queridos o no haber estado físicamente allí en los momentos difíciles aumentaba la melancolía y el sentimiento de culpabilidad de haber huido: «Cuando murió mi madre enfermé, no solo de los nervios, sino de pena. Lloré días enteros» (2018: 115).

Méndez incide en la relación con otros escritores exiliados y cubanos en La Habana. Sin embargo, la situación en Cuba empeora⁹ y «con la partida de Batista a España, nuestra imprenta quebró por mala administración». Méndez comenta en sus memorias la razón de la quiebra:

Aquellos hombres tenían una dosis de machismo muy grande; nunca me dejaron ocuparme de la administración. Decían que yo quería desprestigiar a Manolo al ocuparme del dinero; cuando, en realidad, al principio del matrimonio, era yo quien se ocupaba del dinero y ganábamos muchísimo (2018: 114).

8 Desde el principio de su relación y trabajo conjunto recalca cierta dependencia y subordinación a él: “Él era el tipógrafo; y yo [...], la fuerza que hacía girar la imprenta” (Méndez, 2018: 93).

9 “La realidad es que escaseaban los víveres porque el pueblo empezaba a enfrentarse a los barcos americanos que llevaban los alimentos.” (Méndez, 2018: 117)

Méndez critica la actitud de superioridad en la esfera pública y laboral de los hombres que colaboraban y publicaban en su imprenta. No obstante, ella tuvo que responder a los encargos y a la publicación de la revista semanal *La Verónica*. También escribió villancicos para hacer tarjetas de Navidad y venderlas, ya que pasaban por difícil situación económica.

Decidieron marcharse a México: «En la aduana nos confiscaron lo único que llevamos: la cámara fotográfica y la máquina de escribir. Nos quedamos sin nada» (2018: 118). Los primeros días en el nuevo lugar fueron complicados, aunque José Gorostiza les ayudó y fueron acogidos por Pablo Neruda. Méndez reitera la importancia de relacionarse con los escritores importantes y conocidos del momento, como Elena Garro y Octavio Paz. Pareciera que, a través de la mención de ellos, quisiera señalar y equiparar su valía y reconocimiento. Aunque, en su testimonio oral, le dice a Mantecón, las tareas que desempeñaba en la nueva ciudad: «Pues mi vida en México era...; yo hacía la casa y todas esas cosas, ponía a la chica en el camión para el colegio» (1978: 34).

La relación con su marido cambió: «Casi siempre, en toda relación de pareja, el hombre es el dominante; y resulta que un día Manolo me dijo que sería mejor que yo estuviera sola, porque él me daba sombra. “Ni eres techo, ni eres largo –le contesté–”» (Méndez, 2018: 124). La escritora más adelante afirma que le explicó que entre ellos no había rivalidad: «Él no me daba sombra, porque hombres que hubiesen escrito, había muchísimos en el mundo, y [que] mujeres escritoras, muy pocas, entre las que me encontraba yo» (2018: 124). En sus *Memorias*, se presenta como el modelo de mujer moderna que había surgido en la España de su juventud. Sin embargo, Altolaguirre se había enamorado de la cubana María Luisa Gómez Mena, una mujer adinerada que colaboró en los proyectos editoriales y cinematográficos del escritor en Cuba. Meses más tarde, el escritor desaparece con esta y Méndez le pide el divorcio. Se dejan de ver por unos meses, pero Altolaguirre tenía permiso para ver a su hija, así que no desapareció de su vida y, de hecho, vuelven a tratarse poco después. Él se mantiene presente en su obra casi de manera constante, incluso después de la separación; solo deja de ser nombrado en los dos últimos capítulos de sus memorias. En 1959, Altolaguirre murió inesperadamente en un accidente de coche en España. Méndez recuerda: «Mi marido muere el 27 de julio, el día de mi cumpleaños. ¡Y pensar que cada año me traía un ramo de gladiolos: amarillos, rojos, blancos!» (2018: 134).

Méndez viajó por primera vez a España en 1969 junto a su nieto. Describe el regreso como “gozo” en sus *memorias*, pero volver fue un gran impacto, ya que los lugares del pasado no eran los que encontró. La España de entonces era muy diferente a la que ella dejó 30 años antes. Concha Méndez cuenta que todo en España estaba cambiado: «El aire ya no era ese aire limpio que había» (1978: 45), le dice a Mantecón en la entrevista. Sin embargo, visitar a la familia y recorrer los “nuevos” lugares le avivó la nostalgia. Manifiesta que no era afín al pensamiento de su familia, pero los desacuerdos se hacían soportables y el lazo familiar era más fuerte que las diferencias que pudieran haber existido en el pasado; el paso del tiempo parecía haber disipado los enfrentamientos: «Mis hermanos y yo empezamos a entendernos y, a pesar del tiempo, de los caminos distintos, pude reconocer en ellos costumbres familiares» (Méndez, 2018: 145). El contacto con su casa la lleva al recuerdo de sus padres:

Al quedarme sola en la casa, empecé a percibir la presencia de mis padres, sus vidas desplazándose en los espacios conocidos; y a cada paso que doy, siento que me encontraré con ellos en cualquier momento: no comprendo que estén muertos. [...] no logro concentrarme en el tiempo presente (2018: 144).

El recuerdo la transporta a la presencia de ellos en el espacio cotidiano de su juventud y a la melancolía de su presencia.

Después de su tercer viaje a España, cayó en depresión: «Me tendí en la cama para morir» (2018: 147). Se intenta suicidar y la ingresan en el psiquiátrico del Sanatorio Español. Sin embargo, cuando Joaquín Mortiz le publica una antología poética, le dan ganas de vivir, reconciliarse y aceptarse. El sacrificio, la nostalgia, e incluso tener que aparcar por temporadas su obra creativa y desempeñar otras actividades para la economía del hogar, la pudieron llevar a ese estado depresivo

que rompe con el tono alegre de su vida y se contraponen a casi todas sus *Memorias*, marcadas por las relaciones de amistad y los hechos “favorables” que ella destaca. El exilio le supuso cierta abnegación, un conato de lo que pudo haber sido y no fue y sintió mucha soledad que se agravó por la separación de Altolaguirre, a quién, en cierta manera, se había dedicado. Por otro lado, el encuentro con España le aviva el recuerdo de la época de su juventud, la añoranza de los familiares que ya no están. Siente nostalgia de la infancia como paraíso perdido, la época feliz e inocente que la une con la España que mantenía en su recuerdo.

Al final de sus memorias, Méndez parece aceptar la riqueza de los viajes de su vida, de la gente que conoció, y rescata lo bueno de su experiencia vital. Sin embargo, escucha los aviones y los asocia a sus viajes de juventud y a la vuelta a España: «[...] pasan encima de mi casa; pasan y pienso que todos van a España, mientras yo estoy aquí, anclada en un sillón, tomando apuntes para mis memorias» (2018: 154). Sus *Memorias* concluyen con el deseo de alcanzar la eternidad mediante su obra; según afirma, quiere estar «en comunicación con gentes a las que no conozco y con las que siempre habrá una cierta emoción que nos una. Creo que cuando uno se comunica así, no puede morir del todo» (2018: 155). Sus *Memorias* le han dado forma a su vida para «ver si un día, levanta el vuelo» (2018: 155) y llega a posicionarse en el lugar que le corresponde.

5. Vuelta dislocada: Ernestina de Champourcín

Ernestina de Champourcín hace viajes puntuales a España en 1951, 1968 y 1969 y, definitivamente, en 1972. No obstante, el retorno total de Champourcín no se dió. Volvió físicamente, pero no mentalmente. La vuelta de muchos exiliados fue un eterno exilio, pues la España a la que volvieron no fue la que dejaron; por tanto, la inadaptación a su propio país natal resultaba en frustración. Ernestina de Champourcín sintió incompreensión, hermetismo, soledad e incomunicación, pues encontró una España que distaba mucho de la que tenía en su recuerdo. México pasó a ser idealizado y, a pesar de las dificultades que vivió en ese país de acogida en el exilio, ahora era añorado. En México se adaptó a la manera de vivir y pudo reinventarse, mientras que la vuelta a España le supuso otro exilio, pues era un país que no reconocía, al que se veía incapaz de adaptarse al no compartir los nuevos valores.

Champourcín reconoce en su testimonio la inadaptación de su marido y su propia capacidad para seguir adelante al llegar a México: «Hubo desgarramiento al principio, claro, fue un camino fuerte, eso no se puede evitar; como ha sido fuerte venir de México aquí, eso es lógico ¿no? Todo cambio de vida impacta ¿no?, [...] pero después...no, me adapté muy bien» (1979: 46). En México tuvo más oportunidades que Méndez, y tuvo que desempeñar otros trabajos como el de traducción en el Fondo de Cultura para mantener la economía familiar. Champourcín menciona que Domenchina «no se adaptó» (1979: 52) y él tenía constantemente la ilusión de volver. Este dejó de trabajar en Casa de España: «En la Casa de España, eh, no duró todo el tiempo, y como mi marido se negó a dar clases... él no era profesor realmente, él era poeta» (1979: 52). Sin embargo, la autora no se niega a trabajar traduciendo, siendo ella escritora también, pues había que salir adelante y alguien se tenía que sacrificar. Champourcín le confiesa a Tuñón que, según lo que ella había conocido, las mujeres exiliadas se adaptaron muy bien y los hombres no, «padecían depresiones» (1981: 25).

En 1959, muere su marido. Y, sobre la decisión de volver a España definitivamente, ella responde que su hermana le escribió «preguntándome si me pensaba morir en México [...]. Y ya pensando que aquí tenía familia, [...] yo pensé que aquí iba a haber más trabajo y sobre todo que iba a haber muchos congresos internacionales» (1981: 34-35). Ernestina de Champourcín señala que las condiciones de trabajo en España no eran las que esperaba. Trabajar en el Fondo de Cultura en México le sirvió para seguir traduciendo en el Fondo de Cultura en España. Paradójicamente, ella pensaba que en España habría más vida intelectual, pero no fue así. La vuelta fue un desconcierto, notaba un exceso de consumismo y una pérdida de valores. Tuñón le pregunta si considera que España es su país y con vaga respuesta dice que nunca había sido patriota, pero que 34 años en México le han dejado huella y ha

tenido que volver a aprender cosas a su regreso (1981: 30). La autora critica los cambios de esa “nueva España” y menciona que, junto al olvido del pasado, se habían apoderado de un ciudadano silenciado con la única preocupación de gastar:

La gente se había vuelto muy antipática, ya no eran como antes. [...] yo recordaba el Madrid antes de la guerra, [...] los turistas le decían a uno: ¡Ay, Madrid, tan simpático, tan acogedor, tan hospitalario! [...] aquí la gente no piensa más que en ganar dinero y gastarlo, se acabó. Y eso claro...a mí me dicen que me he vuelto demasiado mexicana, no sé si será cierto (1981: 86).

En sus memorias escritas, reflexiona sobre la distancia que siente en el presente, una distancia que siente tangible con las personas que están cerca. Enfatiza esa incomunicación que la lleva al aislamiento y a la desilusión:

Hay un día en que se nos hacen tangibles las distancias y apenas podemos soportar el vacío. Y entonces, ¿qué hacer para huir de ese acorralamiento que nos aleja solos, impotentes, al borde de un abismo casi infranqueable? Y esas distancias subsisten aun cuando está uno en compañía. Esas son las distancias peores; las más grandes. Hay países donde el diálogo, el acercamiento auténtico es más difícil que en otros y a veces nos llevamos grandes chascos (1983) (Antón, 2008: 245).

En cuanto a “los chascos”, Champourcín también le comenta a Tuñón que el país estaba bastante “politizado”, en uno de sus viajes previos al retorno, que no se podía hablar y que sus compañeros intelectuales le contaban sobre la censura, que había cierto clima de inseguridad (1979: 33). España la hacía sentirse distinta: «¿Por qué tenía uno que sentirse diferente? Era una sensación extraña, pero que no surgía de uno mismo, del interior. La producían sin un atisbo de delicadeza los otros» (Antón, 2008: 263). Tuñón le pregunta si se adaptó a España y ella le responde «del todo, no» (1979: 49), y vuelve a la referencia constante del recuerdo de México. La huella de su estancia allí la lleva consigo, en su manera de hablar: «Cuando llegué yo sí sé que empleaba muchísimas expresiones que no me entendían y a veces se me escapaban; una vez por ejemplo yo digo siempre, este, “platicar” y “viejito” y cosas de estas, “calentito”, no me importa, porque además me gusta» (1981: 86). México no parece ser la ciudad del exilio, sino parte de su identidad y punto de comparación con esta nueva España. En los apuntes del diario del 10 de febrero de 1977, señala: «Qué diferencia con esta fiesta en México. Aquellas meriendas en Lomas. Los detalles van desapareciendo. Para funcionar y luchar hay que acordarse de aquello...» (Antón, 2008: 243). México pasa a ser el motor del recuerdo para poder seguir adelante, aunque muchos no entendían su necesidad de refugiarse en su pasado del exilio y ella, como exiliada, no entendía su presente en España.

Los “Fragmentos de memoria” también se componen de la vuelta a la infancia y a la memoria de la experiencia juvenil: las lecturas, los veraneos, las amistades, recuerdos que recomponen la rememoración del pasado feliz en España y el origen de sus habilidades creativas. Asimismo, se acuerda de la belleza de las calles de México y titula un fragmento de memoria con el nombre de la ciudad, con fecha de 1983. La describe como un momento vital especial que añora: «Las maravillosas iglesias coloniales La Profesa, S. Fernando, etc. y sobre todo las de Veracruz en aquella playa deliciosa: restaurada, invitadora para los turistas también y que fue un hito, una etapa muy especial de mi vida» (Antón, 2008: 255). Parece que pensar en México junto a ese recuerdo de la España de su juventud era la manera de soportar un retorno en un lugar propio pero desconocido y ajeno a la vez. Champourcín concluye su testimonio oral diciéndole a Tuñón que de México mantiene un «recuerdo imborrable» (1981: 97). Se resiente ante su imposibilidad de pertenencia a aquella “nueva España”. Esa España no era la imagen del país de su nostalgia: el que había recreado en su memoria durante el exilio en México. El exilio en sí se había convertido en una experiencia

vital sin fin, ya que se sentía como un ser ajeno en tierra propia y México era entonces su nueva tierra añorada.

6. Conclusión

Concha Méndez destaca su trayectoria vital marcada por el viaje y los acontecimientos que la hicieron tener una vida rica en experiencias y amistades con la élite cultural e intelectual de varios países; sin embargo, España se mantendrá siempre en su recuerdo. Las memorias “habladas” de Méndez resaltan la parte anecdótica de su vida para mostrar la unicidad de su experiencia vital y así ayudar al reconocimiento de su figura y a la captación de lectores para su obra. Desde su retorno, Ernestina de Champourcín, ante la incapacidad de adaptarse a una España muy diferente a la de su pasado y ante la angustia de incomunicación e integración que siente en su propio país en su regreso definitivo, necesita del recuerdo feliz de su experiencia exílica en México. Las memorias escritas de Champourcín en anotaciones y en diarios destacan por un tono íntimo que incluye reflexiones existenciales. Los testimonios orales de las autoras se caracterizan por algunos titubeos propios del discurso oral, “intentan moderarse” al dar opiniones y establecen un discurso “objetivo” ante los hechos que determinaron sus experiencias vitales.

Se enfatiza que tanto Méndez como Champourcín fueron los soportes de ánimo para los escritores, e incluso el sustento familiar y económico en el exilio. El sacrificio de lo familiar estaba por delante de sus creaciones artísticas, aunque los intelectuales no dejaron de escribir y publicar. Méndez interrumpió sus versos desde 1939 a 1941 y de 1944-1945 hasta 1979. Champourcín cesó su escritura con el comienzo de la Guerra Civil en 1936 hasta 1943. Después, en 1952, publicó un total de seis poemarios de profunda crisis espiritual hasta 1978. En España, publica poemas de otra índole hasta años antes de morir. El desenlace de la Guerra Civil y el exilio físico no ayudaron al desarrollo posterior ni al reconocimiento de muchas de las vidas y obras de aquella generación dorada: las intelectuales de la II República. Estas mujeres modernas experimentaron una transformación inversa a la de su juventud, desempeñando funciones de cuidado, apoyo anímico y soporte económico.

Con este trabajo, se reivindica la revisión de las memorias plurales sobre la época, de las experiencias ante el acontecimiento histórico de la Guerra Civil de *las Españas* y los efectos que supusieron tanto los traslados en el exilio intelectual republicano femenino de 1939, como el viaje de retorno al país cerca del final de la dictadura. Las únicas herramientas de los exiliados para hacerse visibles y encontrar un sentido a su vida y a su sacrificio era la palabra de la memoria y el valor testimonial como ejemplos. Para ambas autoras, sus memorias y sus testimonios orales resultan también medios para descubrirse, reconstruir su identidad y hacer eterna su reafirmación como mujer, autora y exiliada mediante un recorrido por los hechos de su vida. Se convierten así en testigos de un sujeto histórico femenino moderno condicionado por la guerra y el sacrificio de *supervivir* en el exilio y el retorno.

BIBLIOGRAFÍA

- Abellán, J. L. (2001): *El exilio como constante y como categoría*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Antón, M. E. (2008): «Diarios y memorias de Ernestina de Champourcín: algunos fragmentos inéditos», *RILCE. Revista De Filología Hispánica* 24 (2), 239-274.
- Ascunze, J. A. (1993): «Ernestina de Champourcín a través de sus palabras», *Ínsula*, 557, 22-24.
- Aznar, M y Murga, I. (coords.) (2019): *1939. Exilio republicano español*, Ministerio de Justicia.
- Bort, M. L. (2021): «Lecturas violetas del exilio: recuperación de autoras y versos en el olvido», en Á. Egido et al. (eds.), *Mujeres en el exilio republicano de 1939: Homenaje a Josefina Cuesta*, 709-722, Ministerio de la Presidencia, Relaciones con las Cortes y Memoria Democrática.
- Calles, J. M. (2014): «Concha Méndez, la seducción de una escritora en la Modernidad», *Dossiers Feministes*, 18, 151-167.
- Capella Barrionuevo, M.ª C. (2013): «¿Se puede volver?», en A. Gil Lázaro et al. (coords.), *El retorno: migración económica y exilio político en América Latina y España*, 229-238, Madrid, Marcial Pons.

- Catelli, N. (1991): *El espacio autobiográfico*, Barcelona, Editorial Lumen.
- Champourcín, E. de (1979, 27 de noviembre) (1981, 26 de noviembre): *Proyecto de Historia Oral «Refugiados Españoles en México»*, *Archivo de la Palabra, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México: entrevista a Ernestina de Champourcín*. (PHO/10/ESP.5) Entrevista realizada Por Elena Aub y Enriqueta Tuñón [Para el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México en colaboración con el Ministerio de Cultura de España]. 1979 y 1981. Copia en el Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca (L0030).
- Checa, E. (1996): Ernestina de Champourcín, olvidada entre los equívocos linderos de la Generación del 27», Conferencia impartida en la Unión de Escritores y Artistas (UNEAC) en la IV Fiesta Iberoamericana de la Cultura en Holguín (CUBA). Disponible en: webs.ucm.es/info/especulo/numero9/e_champ2.html. [Último acceso marzo 2022].
- Cordero, I. (1996): «Exilio permanente», *Revista de historia contemporánea*, 7, 397-418.
- Cuesta, J. (2008): *La odisea de la memoria: historia de la memoria en España, Siglo XX*, Madrid, Alianza Editorial.
- Derrida, J. (2005): *Poétique et politique du témoignage*, L'Herne.
- Fernández, R. y Ascunce J. A. (2006): *Ernestina De Champourcín: Mujer y cultura en el siglo XX*, Madrid, Biblioteca Nueva.
- Halbwachs, M (2002): «Fragmentos de la memoria colectiva», en *Athenea Digital*, v. 2. Disponible en: ddd.uab.cat/pub/athdig/15788946n2/15788946n2a5.pdf. [Último acceso mayo 2022].
- Jato, M. et al. (2009): *Mujer, creación y exilio: España, 1939-1975*, Barcelona, Icaria.
- Leggott, S. (2008): *The workings of memory: Life-writing by women in Early Twentieth-Century Spain*, Bucknell UP.
- Lejeune, P (1994): *El pacto autobiográfico y otros estudios*, Madrid, Megazul-Endymion.
- Martínez J. (2007): *Exiliadas: Escritoras, Guerra Civil y memoria*, Mataró, Montesinos.
- Méndez, C (2018). *Memorias habladas, memorias armadas*, Sevilla, Renacimiento.
- _____ (29/08/1978) (5/11/1978): *Proyecto de Historia Oral «Refugiados Españoles en México»*, *Archivo de la Palabra, Instituto Nacional de Antropología e Historia (INAH), México: entrevista a Concha Méndez*. (PHO/10/1). Entrevista realizada por Matilde Mantecón [Para el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México en colaboración con el Ministerio de Cultura de España]. Copia en el Centro Documental de la Memoria Histórica, Salamanca (L0057).
- Sánchez, J (2008): «Memoria y literatura: escribir desde el exilio», *Lectura y signo*, 3, 437-453.
- Valender, J (2001): *Una mujer moderna: Concha Méndez en su mundo, 1898-1986: Actas Del Seminario Internacional Celebrado en la Residencia de Estudiantes en mayo de 1998 con motivo del centenario del Nacimiento de Concha Méndez*, Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Weintraub, K. J. (1991): « Autobiografía y consciencia histórica», *Anthrophos* Ejemplar dedicado a La autobiografía y sus problemas teóricos. Estudios e investigación documental), 29, 18-33.
- Zambrano, M (2003): *Los bienaventurados*, Madrid, Siruela.